

Jesús ávila GRANADOS

SIMBOLOGÍA SAGRADA

diversa

© 2017, Jesús Ávila Granados
www.jesusavilagranados.es
jesusavilagranados@hotmail.com

© 2017, Diversa Ediciones
Edipro, S.C.P.
Carretera de Rocafort 113
43427 Conesa
diversa@diversaediciones.com
www.diversaediciones.com

Primera edición: mayo de 2017

ISBN: 978-84-946081-8-6
ISBN Ebook: 978-84-946081-9-3
Depósito legal: T 409-2017

Diseño y maquetación: DONDESEA, servicios editoriales

Foto del autor: Lola Artero

Imágenes de portada:

Templo egipcio de Ramsés III, en Medinet Habu, © EastVillage Images – Shutterstock
Stonehenge, © Marafona – Shutterstock

Orante de Pedret, conservado en el Museu Diocesà i Comarcal de Solsona

Machu Picchu, © OCPHOTO – Shutterstock

Símbolo celta en la necrópolis de Glasgow. © Gajtalbot – Imagen usada bajo licencia CC BY 2.0
(<https://creativecommons.org/licenses/by/2.0/>)

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de cualquier parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, así como su almacenamiento, transmisión o tratamiento por ningún medio, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Impreso en España – *Printed in Spain*

Índice

PRÓLOGO	13
INTRODUCCIÓN	19
Arqueología, historia y ciencia	19
El astro rey	24
Las líneas ley	29
Montañas sagradas	33
Ríos de piedra	34
LA HUMANIDAD PREHISTÓRICA	41
El Paleolítico	42
La gran revolución neolítica	45
La larga aventura de la escritura	48
Los ritos de muerte	57
La simbología pétreo del Valle de las Maravillas	58
LAS CULTURAS DE LA ANTIGÜEDAD	69
La palmera, como símbolo	69
EGIPTO	74
Los grandes imperios	75
Divinidades egipcias	76
La piedra de Rosetta	78
El obelisco	80
La columna, unión entre el cielo y la tierra	81
HITITAS	85
El olimpo hitita	87
Los «dioses del mal»	88
Asombrosas analogías	89
Animales sagrados	89
Sorprendente arquitectura	90
Innovaciones	90
URARTU	92

Un arte desconocido	94
El alfabeto cuneiforme	95
Hurrita	96
CELTAS	98
Los druidas	99
Plantas que curan y plantas que matan	100
El <i>triskel</i>	105
LA GRECIA CLÁSICA	113
Creta	113
Atenas	115
Esparta	116
La vara de Asclepio	118
Los misterios de Eleusis	123
Pegaso	125
ROMA	131
Las guerras púnicas	132
Urbanismo e higiene en el mundo romano	136
La cultura de las termas	137
LAS CULTURAS DE ORIENTE	143
La génesis del laberinto	143
La rueda	145
BUDISMO	148
Tailandia	149
Los <i>chakras</i>	150
El tercer ojo	151
El Palacio Imperial de Bangkok	151
HINDUISMO	159
El <i>Ayurveda</i>	160
El poder de la palabra	161
Angkor, el laberinto de Oriente	163
EL MUNDO MEDIEVAL	171
VÍKINGOS	171
Runas	175
Knörr	177
El tapiz de Bayeux	179
JUDAÍSMO	184
El Decálogo	184

La cábala	185
ISLAMISMO	191
Sema	191
La geometría sagrada de Arcos de la Frontera	192
La Alhambra de Granada	194
LA ALQUIMIA	204
El simbolismo de la alquimia	204
Tras la piedra filosofal	210
La salamandra	211
CRISTIANISMO	216
La cruz	217
La santa misa	219
La danza de la muerte	224
La Inquisición	232
Linterna de los muertos	233
Los señores del Mal	238
Mal de ojo	240
La Navidad	248
<i>Psicostasis</i>	251
Santoral cristiano	252
<i>Esconjuraderos</i>	254
La histeria colectiva del año 1000	260
TEMPLARIOS	266
<i>Tempus fugit/Carpe diem</i>	270
Cruces templarias	270
El juego de la oca	272
El fresno	277
Octógono radiante	280
La partitura del Diablo	281
Santos del altar templario	284
Vírgenes negras	292
CATARISMO	298
De Zaratustra a Bélibaste	298
La religión cátara	300
La dualidad	302
Los símbolos del catarismo	303
LA IGLESIA ORTODOXA	310
La cruz de los símbolos	311
La Virgen del Perpetuo Socorro	312

IBEROAMÉRICA	315
MAYAS	315
Las etapas de una cultura	315
La epopeya de las excavaciones	318
El calendario maya	320
INCAS	320
Siguiendo las huellas de la simbología inca	323
LAS FUERZAS DEL ESPÍRITU	329
La superstición	329
Maldición	331
Magia y brujería	333
El misterio de los números	338
Los números y su simbología	344
Cuadrados mágicos	353
El <i>I Ching</i>	355
GLOSARIO GENERAL DE TÉRMINOS	361
BIBLIOGRAFÍA	379
AGRADECIMIENTOS	383

INTRODUCCIÓN

«El simbolismo es un dato inmediato de la conciencia total, es decir, del hombre que se descubre como tal, del hombre que adquiere conciencia de su posición en el universo».

GÉRARD DE CHAMPEAUX

Esta obra es fruto de un largo trayecto, primero como periodista científico y luego como escritor profesional, a lo largo de cuarenta y cuatro años dedicado a escribir, desde la dimensión de independencia. Durante este tiempo, tengo la satisfacción de decir que he participado en el descubrimiento de Hattussas, la legendaria capital del imperio hittita, de haber formado parte del equipo de arqueólogos que descubrieron el segundo nivel de la antiquísima ciudad de Jericó, de haber sido de los primeros periodistas en admirar la grandiosidad espacial de *Nemrut Dagi*, de entrar en los niveles más profundos de las ciudades subterráneas de Capadocia colaborando en la limpieza de galerías, de descubrir una tumba griega del siglo IV a.C. en las proximidades de Çorum, en Anatolia, o de descender a los niveles más profundos de la Alhambra oculta antes de que el más importante de los monumentos nazaríes se abriese al público. Todo ello ha ido cimentando en mí el deseo y la necesidad para la sociedad de escribir este libro, que espero disfruten al hacerlo, como yo lo he hecho al escribirlo.

Arqueología, historia y ciencia

Dionisio de Halicarnaso, historiador griego de la época de Augusto, tituló *Arqueología romana* a su historia de Roma en veinte tomos, de los que han llegado hasta nosotros tan solo los once primeros, desde los orígenes hasta la primera guerra púnica. Un siglo más tarde, Flavio Josefo, escritor hebreo de Jerusalén, narró en su *Arqueología judaica* la historia de un pueblo desde la creación del mundo hasta la época de Nerón. Como vemos, en todos estos autores «arqueología» es sinónimo de «historia», con especial referencia a los tiempos más antiguos de un pueblo o de una nación.

El concepto de arqueología como estudio de los monumentos pasa, en el siglo XVIII, de Inglaterra a Alemania, donde Johann August Ernesti publicó *Archaeologia Literaria* (Leipzig, 1768), y Johnnes Siebenkess *Manual de arqueología* (Nüremberg, 1790).

El campo de acción de la arqueología fue definido con mayor exactitud por el también alemán Gerhard en 1833 en su obra *Fundamentos de arqueología*, del siguiente modo: «Aquella mitad de la ciencia universal de la antigüedad clásica que se funda en los monumentos, entiende edificios, templos, necrópolis, estatuas, pintura y todo lo que, en suma, no tiene carácter literario». La otra mitad, aunque él no lo menciona explícitamente, es, por lógica, la que se funda en los monumentos literarios, de los que se ocupa otra ciencia.

Pero la consagración oficial y definitiva del término arqueología, como el que designa el estudio de los monumentos antiguos, tiene lugar en Italia en 1821, al fundarse la Academia Pontificia Romana de Arqueología, cuya misión consistía en la búsqueda, examen, conservación y estudio de los testimonios monumentales, con exclusión absoluta de cualquier otra actividad.

Arqueología e historia del arte

Muy frecuentemente, la arqueología se identifica —o tal vez se confunde— con la historia del arte. Para demostrar lo que tales vocablos expresan, podemos definirlos separadamente. Se entiende por arte toda manifestación de un estado de ánimo y de un sentimiento propio de autor, expresados de tal manera que sean capaces de suscitar las mismas sensaciones y emociones en quienes perciben el producto de esta manifestación. Es arte, en resumen, todo lo que trasciende del mero criterio de la utilidad para rozar la esfera del goce espiritual y estético. La historia del arte es, por consiguiente, la ciencia que estudia la sucesión cronológica y la evolución creativa de las manifestaciones artísticas. Sin embargo, resulta evidente que, al menos por lo que respecta a las manifestaciones artísticas de los tiempos más antiguos, el campo de acción de la historia del arte es idéntico al de la arqueología, pues también la primera se ocupa de los monumentos de la naturaleza no literaria y estudia las civilizaciones valiéndose de una documentación monumental.

Los arqueólogos en el siglo XVIII realizaron las primeras investigaciones en Italia, Grecia y Oriente, eran también investigadores de la historia del arte, y precisamente un arqueólogo, J. J. Winckelmann, fue quien, en 1763, obtuvo el nombramiento de primer superintendente de

las antigüedades de Roma y el Lacio y está considerado unánimemente como el fundador de la historia del arte.

A través de las investigaciones y de las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo por los arqueólogos mediante las técnicas propias de esta ciencia, han llegado hasta nosotros las obras de arte que hoy admiramos. Todos los monumentos arqueológicos constituyen, en realidad, colecciones de arte, ya que la mayor parte de los objetos que conservan son estatuas, pinturas, yesos, decorados, altorrelieves, bajorrelieves y todo cuanto, en definitiva, lleva la impronta del genio y la sensibilidad de un autor, conocido o anónimo. La arqueología y la historia del arte no tienen entre sí unas delimitaciones tangibles, pues ambas ciencias abarcan por igual los monumentos no literarios de cualquier país en cualquier lugar del mundo.

La diferencia sustancial entre la arqueología y la historia del arte radica precisamente en la finalidad primordial de cada una de estas disciplinas. La primera estudia las civilizaciones antiguas a través de la documentación monumental de cualquier naturaleza; la segunda, en cambio, se basa únicamente en la documentación que contiene valores artísticos.

El campo de acción de la arqueología comienza precisamente en la prehistoria, cuando se pueden individualizar y hallar formas y manifestaciones primordiales de actividad humana. Aquí es donde la arqueología investiga en estrecha relación con las ciencias naturales, ya que para estudiar problemas tan complejos como los referidos a las edades más remotas no se puede separar el examen de los objetos manufacturados del de los restos óseos de hombres y animales.

La arqueología prehistórica está estrechamente relacionada con la paleontología. La arqueología prehistórica está muy vinculada también con la antropología, que estudia al hombre en su estructura física y su evolución somática. No deja de ser importante la vinculación directa con la historia del arte, cuando por encima de las consideraciones de carácter etnológico y antropológico es posible abrir una rendija para que por ella penetre la luz en el elemento espiritual y sentimental de aquellos remotísimos hombres.

Cuando el hombre consigue comunicar sus pensamientos mediante signos grabados en la piedra o trazados sobre una hoja de papiro, es decir, cuando nace la escritura, termina la prehistoria y comienza la historia. En ese momento la arqueología prehistórica pierde su atributo y se convierte en arqueología sin más.

El espacio geográfico de la arqueología es muy extenso, nos atrevemos a decir que tanto como el mundo, pues en el radio de acción de la

arqueología entra el estudio y la reconstrucción, mediante los testimonios monumentales, de una civilización que en cualquier parte del mundo haya dejado huellas incuestionables de su paso y hayan influido de modo notable en las civilizaciones que la sucedieron.

Entre los objetos que las excavaciones arqueológicas devuelven a la luz suelen abundar las monedas. De estas se ocupan dos ciencias distintas: la metrología y la numismática. La primera tiene por objeto el estudio de toda clase de medidas (de valor, tiempo, longitud, capacidad, peso, superficie y volumen) a través de los siglos. Esta ciencia estudia por lo tanto las monedas desde el punto de vista matemático y económico o, lo que es lo mismo, en su conocida función comercial de medidas de valor, y asimismo como piezas de trueque de productos y mercancías. La numismática es, en cambio, la ciencia específica de las monedas, a las que estudia en todos sus aspectos no matemáticos, es decir, desde el punto de vista histórico, geográfico, topográfico, artístico y documental, por lo que resulta de gran utilidad para otras disciplinas.

Cuando en las monedas, según una costumbre muy difundida en el mundo antiguo, se reproducen famosas obras artísticas, la numismática se convierte en valioso auxiliar de la historia del arte. La metrología y la numismática se ocupan de las monedas de todos los pueblos y de todas las épocas hasta nuestros días, pero naturalmente para el estudio de aquellos de los tiempos más antiguos ambas ciencias operan en estrecha conjunción con la arqueología, y son muchos los que consideran la metrología y la numismática antiguas como especializaciones de la ciencia.

La arqueología no sería una ciencia fácil. Lo sería si todo cuanto constituye su razón de ser y su finalidad, es decir, el estudio de las antiguas civilizaciones, tuvieran a su alcance todos los elementos necesarios y solo hubiera de ordenarlos histórica y cronológicamente para reconstruir en los más mínimos detalles la vida de los hombres que nos precedieron.

Pero la arqueología no cuenta con estos elementos, debe buscarlos uno por uno. Trabaja sobre un mundo del que solo existen pistas, fragmentos y, en muchos de los casos, solo ruinas. Sin embargo, la arqueología debe seguir estos indicios para saber dónde conducen, recoger los fragmentos para recomponer con ellos el pasado, hacer que las ruinas hablen, interpretar su lenguaje y descubrir a través de él todo aquello que el tiempo y los hombres borraron.

La arqueología es, pues, la ciencia de la antigüedad, pero, al mismo tiempo, es una ciencia moderna. No se limita al estudio de las cosas

muertas y superadas, sino que es una mirada atenta e interesada sobre los monumentos fundamentales de esa realidad que es el hombre.

La arqueología, por lo tanto, es una ciencia muy actual, incluso nos aventuramos a decir que está de moda. Prueba de ello es la gran cantidad de libros de carácter científico o de divulgación que se publican sobre el tema. Sin embargo, la arqueología, además de no ser una ciencia fácil, tampoco es de las que ofrecen resultados brillantes ni sensacionales. Sus investigaciones se centran en muros derruidos, en trozos de cerámica y vasos, así como ánforas, en las piedras por las que nadie daría un céntimo. De todo esto emana una fascinación de la que carece la mayor parte de las otras ciencias. ¿Por qué? No hay más que una respuesta: el interés y la fascinación de la arqueología se deben a su modernidad. Esto puede parecer una paradoja en la ciencia que estudia precisamente los monumentos antiguos, pero no lo es en absoluto.

En realidad, la arqueología se ocupa de un período de tiempo que abarca millares de años; un período muy limitado si lo comparamos a los millones y millones de años de nuestro planeta. Leonard Wooley, famoso arqueólogo inglés que dirigió numerosas expediciones arqueológicas en el Oriente Medio y que se hizo famoso por las excavaciones efectuadas entre 1922 y 1934 en la zona de Ur, en Mesopotamia, escribió a este respecto: «Nosotros escribimos y hablamos de vasos, platos, collares y armas cuya antigüedad se remonta a tres o cuatro mil años antes de nuestra era, y el profano se maravilla de la edad de estos objetos y los admira por el solo hecho que son antiguos. Pero, en realidad, su verdadero interés radica precisamente en que son nuevos. Si la unidad de medida fuera simplemente la antigüedad, todo lo que se halla en las excavaciones sería insignificante con respecto a un nuevo fósil de dinosaurio. ¿Qué son, pues, seis mil años de vida de la raza humana si debemos tomar como unidades de medida los períodos geológicos? La importancia de nuestro material arqueológico reside en que este proyecta luz sobre la historia de unos hombres semejantes a nosotros y sobre unas civilizaciones que tienen mucho en común con las que estamos viviendo».

La justificación de la arqueología radica en el hecho de que esta, en definitiva, nos concierne a todos y a cada uno de nosotros. Y el interés inmediato que suscita se debe a su mayor accesibilidad con respecto a las demás ciencias. Su objeto es el hombre mismo, no un universo que se resuelve cada vez más en una abstracción individual, y el material sobre el que trabaja es obra de la mano del hombre. Cuando vemos los complicados sistemas de alcantarillado de Cnosos, en la isla de Creta,

nos sentimos como en nuestra propia casa. Los cosméticos descubiertos en una antigua tumba nos sorprenden por su conmovedora modernidad. La sorpresa del visitante de un museo al conocer la antigüedad de un objeto que contempla es directamente proporcional a la modernidad que reconoce en tal objeto: es la sorpresa de quien ve que su horizonte se ensancha de repente, y la ventaja de la arqueología consiste en ofrecer cumbres sublimes, pero fáciles de escalar.

Una vez dicho todo esto, tras sumergirnos en el fascinante mundo de la arqueología y el concepto de arte, nos será más fácil explicar al lector la razón de esta obra que tiene en sus manos, porque en sus páginas tendrá las claves que necesita para comprender la belleza inmaterial que encierra y transmite toda obra de arte, desde la prehistoria hasta nuestros días, es decir, lo que el artista quiso transmitir al realizar el objeto. Y qué mejor forma de explicarlo que siguiendo, de algún modo, la cronología de las diferentes culturas. Por ello, en cada capítulo hemos englobado las culturas que se corresponden en el tiempo y el espacio, y al final del mismo hemos destacado y explicado las palabras que están relacionadas con las correspondientes civilizaciones, con sus tradiciones, sus cultos, sus religiones... Con ello será mucho más fácil comprender la historia, el arte, la arqueología y las claves ocultas que conforman lo que podríamos llamar el esoterismo de esos pueblos.

Conocidas ya estas incógnitas que transmite el espíritu de esta obra, el turista se convertirá en viajero cuando acceda a una zona arqueológica, visite un museo o admire un templo antiguo o medieval.

El astro rey

Desde los albores de la humanidad, pueblos de todas las culturas, filosofías y religiones han rendido culto y admiración al astro rey. El Sol creador de vida, luz, calor y energía positiva es también símbolo de fuerza, riqueza, belleza y claridad.

En el arte prehistórico del norte de África aparecen imágenes de toros y carneros que llevan sobre la cabeza un disco solar. En este sentido, no resulta extraño que algunas imágenes rupestres prehistóricas de ámbito asiático presenten figuras humanas con una «rueda solar» como cabeza, rodeada de puntas y dividida en forma de cruz, conteniendo puntos cada uno de los sectores. Pero el hombre prehistórico fue todavía más lejos en cuanto a su concepción valorativa del Sol, relacionada

esta con el crepúsculo; su muerte implica necesariamente la idea de su resurrección y llega incluso a no ser concebida como muerte verdadera. Por eso, también el culto a los antepasados se liga al solar, para asegurarles una protección y, al mismo tiempo, un símbolo salvador. Los monumentos megalíticos dependen de las asociaciones de ambos cultos, y no es una casualidad que, la mayoría de las construcciones megalíticas (dólmenes, túmulos, crómlechs...), tengan sus puertas de acceso orientadas a mediodía. Y lo mismo sucede con las entradas a los castillos cátaros.

El Sol en el horizonte era ya definido por los egipcios del Imperio Antiguo como «brillo esplendor». Durante la XVIII dinastía, su faraón, Amenhotep IV (1365-1348 a.C.), convirtió el culto solar del dios egipcio Amón-Ra en todo un sistema («Tan bello apareces en el lugar luminoso del cielo, oh, sol viviente, que por primera vez comenzó a vivir»). En el Museo de Antigüedades Egipcias del Cairo se conserva una excelente estela de piedra caliza en la que están grabadas las figuras del faraón Akenatón y su esposa Nefertiti, adorando al sol Atón, en el templo de Amón, ubicado en Tell el-Amarna.

Una fuerza heroica y generosa, creadora y dirigente, este es el núcleo del simbolismo solar, que puede llegar a constituir una religión completa por sí misma, como lo prueba la «herejía» de Ikhunatón, en la XVIII dinastía egipcia, y cuyos himnos al Sol son, aparte de su valor lírico profundo, teorías de su actividad benefactora.

El Sol, el astro rey, es sin duda, uno de los símbolos más representados en la historia de las civilizaciones, desde la prehistoria hasta nuestros días, el objeto celeste que más devoción ha recibido a lo largo de los tiempos y, también es preciso decirlo, del que más leyendas y supersticiones se han creado. Está relacionado con la muerte de Osiris, a quien en numerosos grabados del Antiguo Egipto se le representa sobre un círculo con los brazos abiertos, en clara relación con los cuatro elementos.

Tradición oriental

La admiración de las civilizaciones orientales hacia el Sol se pone de manifiesto cuando vemos que todos los templos y pagodas se abren hacia el Este, origen del ciclo cotidiano.

El «Sol Naciente» no solo es el emblema del Japón, sino su propio nombre (*Nihon*). El Sol sería el yang, porque irradia luz, energía, fuerza, claridad, calor; es el principio activo, representando el conocimiento intuitivo, inmediato; también es el corazón, la esencia, la forma; es